

SEÑAL MEMORIA

23 de febrero de 1939

Presidente de la República

Eduardo Santos Montejo

*La administración Santos, los sucesos de Gachetá
y la política de la “acción intrépida”*

Exposición leída el 23 de febrero de 1939, desde los micrófonos
del Palacio Presidencial, con motivo de los sucesos ocurridos
en Gachetá el 8 de enero de 1939.

Me dirijo a todos mis compatriotas, dentro de un sentimiento de honda fraternidad colombiana. Deseo no pronunciar palabra alguna capaz de enardecer sus pasiones; quiero tan sólo invitarlos a una serena reflexión patriótica, y analizar con ellos algunos de los aspectos recientes de la política nacional. Quiero también llevar a su espíritu la tranquilidad, y la confianza -en que no será turbada la paz que la Nación necesita y exige. Lo único que me atrevo a pedir a cuantos me escuchan es que en lo íntimo de sus conciencias mediten sobre las palabras del jefe del Estado y se pregunten si no están en la obligación de ayudar al Gobierno a mantener el orden; de ayudarle con tanto mayor ahínco, con decisión tanto más firme cuanto más grandes puedan ser las dificultades con que tropiece tan necesaria empresa.

Y sépase, ante todo, que esto de la convivencia no es “una política” en el pobre sentido que se suele dar a la palabra política, de combinación, de recurso para obtener precarios e interesados fines. Para el Gobierno, trabajar por la convivencia colombiana es apenas cumplir con el más elemental e imperioso de los deberes que la Constitución y las leyes establecen, y con la más sagrada de las obligaciones que puedan imponer el patriotismo y la moral. Y porque el Gobierno sigue los derroteros que el patriotismo y el sentido moral aconsejan, y porque quiere ser fiel a su juramento de cumplir la ley, no cejará en la tarea de velar porque todos los colombianos tengan las garantías que las leyes les conceden; porque el derecho brille para todos y sea la ley igual para todos. Así lo procurará con ánimo imparcial, sin que lo desalienten inevitables tropiezos o desgraciados incidentes.

Esa es, sencillamente, una obligación del Gobierno, que coincide exactamente con mi manera de pensar y de ser, y si como gobernante yo cumplo con el deber de procurar que dentro de la Patria todos los colombianos vivan libres y tranquilos y puedan ejercer sus derechos, sin trabas ni peligros, como ciudadano hago el voto fervoroso de que los partidos se respeten y luchen sobre el terreno del civismo y eliminen de sus programas y de sus actos la violencia y procedan como entidades civilizadas. En nada de eso hay jugadas políticas; en nada de eso hay ni peligros para los unos ni caballos de Troya para los otros; hay tan sólo la interpretación honrada, clara y precisa de lo que mandan la Constitución y las leyes, y una invitación franca y sin rodeos al bien obrar, a la cultura política y a la elemental civilización cristiana.

¿Es todo ello una quimera, un vano sueño de espíritus ingenuos o de literatos candorosos? El país puede ya juzgar esa política por sus resultados. Es eso lo que yo quiero esta noche someter a mis compatriotas.

En los archivos de Palacio reposan centenares de telegramas sobre la manera como se han ejercido los derechos políticos en los últimos cinco meses; sobre las innumerables conferencias que miembros de los distintos partidos han dictado con absoluta libertad; sobre las jiras que los jefes de los partidos políticos han hecho a todo lo largo del territorio patrio.

No he de citar las comunicaciones en que los liberales expresan su satisfacción y su adhesión a las normas preconizadas; se diría que ello es apenas natural, y que al ofrecer el liberalismo un apoyo total, franco y

completo al ciudadano a quien llevó al Poder con sus votos, apenas si es consecuente con sus actos, así como al darle las gracias por las plenas garantías de que goza para sus actividades políticas, apenas rinde un tributo elemental a la lealtad del elegido.

Pero al lado de esas comunicaciones liberales se destacan las comunicaciones conservadoras.

El doctor Laureano Gómez recorre con sus compañeros el país entero, sin que se registre un solo incidente, sin que tenga una sola queja que presentar. Al terminar su gira por el Norte, dice en telegrama del 14 de octubre, dirigido al presidente de la República:

“Hemos recorrido los dos Santanderes, disfrutando de completas garantías concedidas por autoridades de su ilustre Gobierno.”

Después de visitar toda la Costa Atlántica, declara en telegrama del 10 de diciembre:

“La convivencia, idea preconizada por Su Excelencia para bien común y engrandecimiento de la Patria, ha sido interpretada por parte de las autoridades de los tres Departamentos de la Costa, que acabamos de visitar, con generosidad, hidalguía y patriotismo incomparables.”

Se celebra una concentración conservadora en Guayatá el 8 de enero, y el doctor Rafael Bernal Jiménez, delegado del Directorio Nacional Conservador, dice en telegrama de ese mismo día al Ministerio de Gobierno:

“Concentración resultó magnífica, ordenada demostración cívicas con garantías oficiales que reconocemos y agradecemos. Ha quedado demostrado que sí puede mantenerse la concordia nacional cuando el Gobierno procede con energía y el conservatismo con prudencia.”

Por centenares se cuentan los documentos de análogo estilo que pudiera yo citaros esta noche, y que en gran parte se han publicado ya. En El Siglo del 3 de noviembre, por ejemplo, encuentro un telegrama de Tunja, en que se dice a los dirigentes conservadores:

“Con gusto manifiesto que el Gobierno Departamental ha venido cumpliendo estrictamente el programa de convivencia que ha preconizado el señor presidente de la República. Como acompañante del General Amadeo Rodríguez a Santa Sofía, pude constatar que las autoridades rodearon de garantías al conservatismo. Los discursos pronunciados fueron atentamente escuchados por una numerosa concurrencia perteneciente a los dos partidos políticos. El liberalismo nos prodigó toda clase de atenciones, dando un ejemplar certamen de civismo.”

Pero se dirá que todo eso era anterior al 8 de enero, día de la tragedia de Gachetá, de que luego hablaré. La verdad es que después de ese dolorosísimo incidente continuó la política de las garantías y la seguridad de las libertades.

El 15 de enero se verificó una manifestación conservadora en Arboledas —uno de los lugares más azotados por las pasiones políticas—, y no faltaban quienes temieran que ello diera lugar a graves desórdenes. La presidió el Directorio Conservador del Departamento Norte de Santander, cuyos miembros en la tarde de ese mismo día dijeron al Directorio Nacional de su partido:

“En la plaza pública los oradores conservadores pronunciaron sus discursos, siendo escuchados con ejemplar compostura y fervor. Las autoridades nos dieron completas garantías. Ofrecemos al país este certamen que demuestra la realización del programa político preconizado por el doctor Santos.” Y una semana después de la tragedia de Gachetá los jefes conservadores del Occidente, encabezados por Primitivo Crespo y José Ignacio Vernaza, reúnen una manifestación pública en la plaza de Armenia, y dando cuenta de lo que ella había sido, declaran en vibrante telegrama a su jefe:

“Estamos comentando alborozados el grandioso éxito de la manifestación de Armenia. Hoy se dio aquí la batalla del orden; las autoridades estuvieron a la altura de su deber y el liberalismo sé mostró culto y comprensivo.”

En los últimos quince días pasan de cincuenta las manifestaciones públicas que los políticos conservadores han efectuado en todas partes, con absoluta libertad, con las más perfectas garantías. Ayer mismo realizaron una gran concentración en Santa Rosa de Cabal, y de lo que ella fue, da testimonio el siguiente telegrama:

Santa Rosa (Caldas), enero 23.

*Excelentísimo señor presidente de la República.
Bogotá.*

Realizada la manifestación conservadora con absoluta libertad, réstanos rendir Su Excelencia nuestro agradecimiento por noble actitud autoridades, que supieron interpretar sus designios como probo, recto Mandatario. Saludamos respetuosamente.

Comité Conservador,

Luis Dávila.

Este es el clima político colombiano, el clima real, el de las Provincias, el de los distintos lugares de la República. Y quiero llamar especialmente la atención de todos mis oyentes hacia el hecho de que esa situación no es sólo obra mía, no es una empresa de aspecto casi individual que yo realizo por generoso idealismo. Tales afirmaciones podrían halagar mi vanidad personal, pero tengo que declinarlas porque no se compadecen con la realidad de los hechos. ¿La verdad es que para alcanzar el éxito que se patentiza en los despachos transcritos y en los innumerables más que podría citar, se ha necesitado la identificación de cuánto? representan a la autoridad en un mismo pensamiento político. Y no sólo de quienes representan la autoridad, sino también del inmenso número de ciudadanos que han sentido cuán justa y buena es esta política y cuán noble es apoyarla. Puedo yo haber sido su vocero, pero sus ejecutores están en todos los rincones del país, y para realizarla, las autoridades han procedido con el más generoso celo y los ciudadanos con la más clara comprensión patriótica. En ese camino me he sentido apoyado de manera firme, leal y entera, por el partido de gobierno, y no sería justo si no dijera que el partido conservador ha contribuido también con franco empeño a establecer el ambiente que el patriotismo aconseja, que no es un ambiente de compromisos, ni de pactos, ni de transacciones; es tan sólo un ambiente de paz y de cultura en que los partidos realizan libremente sus propagandas y se preparan para las luchas electorales, prescindiendo de la violencia. Esa era y es una vasta aspiración nacional; yo he tenido el honor de ser su intérprete. Son los ciudadanos colombianos los que han venido realizándola con honrosísima eficacia. Y ellos y el Gobierno han de perseverar en esta vía salvadora.

Pero en medio de ese cielo sereno estalla la tragedia de Gachetá, tragedia abominable, que nadie pretende ni excusar ni disimular, y ante cuyas víctimas me inclino con emocionado respeto. Contra cuanto el Gobierno pide y quiere, contra toda la política preconizada por el jefe del Estado, contra instrucciones terminante^a, de los Directorios liberales, contra insistentes gestiones de la Gobernación, un pequeño grupo se empeña en perturbar una manifestación conservadora, y con actitud que unánimemente: ha censurado la prensa liberal y que yo considero digna de la más severa reprobación, crea la excepción de incultura y de violencia que dio origen a una inmensa desgracia. Quienes así procedieron no quisieron imitar a sus copartidarios de Arboledas, de Armenia, de Guayatá, de todo el país. Como quizá no gustaban de la convivencia, que representa para el liberalismo el máximo decoro y la más clara garantía de mantenerse perennemente en el Poder, provocaron otra situación; no les pareció aconsejable la política de respetar varonilmente el derecho de reunión y la libertad de palabra de sus adversarios, y establecieron el contraste entre la libre dignidad demo-

crática del país entero y la agresiva y torpe intolerancia que habría de producir fruto amarguísimo en un lejano Municipio de Cundinamarca.

Ese terrible caso de Gachetá ha amargado muchas de mis horas, pero no intranquiliza mi conciencia. Hay casos en que toda previsión humana resulta fallida. Mis colaboradores y yo creímos que con las medidas tomadas era suficiente para mantener allí el orden. Cuando estalló la tragedia hicimos cuanto era posible hacer por impedir que se extendiera; por dar garantías a cuantos en aquel lugar se encontraban; por abrirles ampliamente la puerta a la justicia y a la sanción. Quiero expresamente rendir un homenaje de aplauso al dignísimo Gobernador de Cundinamarca por la varonil gallardía con que en esos días cumplió con todo su deber, como lo cumplieron sus secretarios, uno de los cuales, Bernardo Rueda Vargas, es hoy mismo objeto de ataques tan crueles como injustos por un intachable acto de prudencia que yo apruebo y que sólo obedeció a los más generosos móviles. No dejamos de hacer cosa alguna que pudiera restablecer el orden y la seguridad colectiva, y lo logramos plenamente.

Y en cuanto a la justicia, confiamos a un Juez conservador el esclarecimiento de los hechos y el adelantamiento del sumario, no sólo reconociéndole los plenos poderes que la ley le concede, sino excitándolo de la manera más categórica y ardiente a proceder con firmeza, con toda energía, con implacable espíritu de justicia; ofreciéndole todo el apoyo de la autoridad y todo el respaldo del Gobierno. Y por si ello fuera poco, personalmente llamé al doctor Carlos Bravo, conspicuo personaje conservador, exministro del Despacho, ex-Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, para poner en sus manos la investigación. El señor Ministro de Gobierno y yo, en el mismo lugar desde el cual hoy os estoy hablando, le ofrecimos todo el respaldo de la autoridad para las providencias que le aconsejara su conciencia de jurista y de ciudadano. Le manifestamos que no poníamos límite a sus actos y que podía contar con todos los recursos que creyera convenientes para el adelantamiento de su gestión. Pusimos en sus manos todo el problema, sin la menor reserva.

Yo pregunto a todas las gentes serenas que me escuchan, si era posible hacer más. Sin embargo, el doctor Carlos Bravo, mi maestro en los bancos de la Escuela de Derecho, no quiso aceptar esa responsabilidad honrosísima, que le brindaba ocasión de hablar al país entero desde un punto de excepcional importancia, de hacer justicia, y si no lo lograba, de decir por qué no le era ello posible. Mi ilustre maestro no quiso aceptar ese puesto que le ofrecí como prenda no sólo a su partido, sino a la Nación entera, y me duele pensar que en cambio sí accedió a firmar una proposición política en que no sólo se prejuzgan los hechos sino se desafía a las autoridades y se desconocen las leyes. El miembro

disciplinado de una Convención, obediente al espíritu del partido, puso su firma al pie de una proposición que es una máxima atrocidad jurídica. El magistrado y el jurista se negó a aceptar el papel de juez que, con respaldo ilimitado, le ofreció el presidente de la República. Lo triste es así ...

¡El caso de Gacheta! No quiero entrar en ninguna de sus intimidades ni analizar sus detalles. Yo no podría como jefe del Gobierno, sin faltar a mis deberes, expresar conceptos concretos sobre asuntos que están sometidos a una investigación judicial. Lo único que afirmo es que el Gobierno ha cumplido con todo su deber y ha hecho cuanto podía y debía hacer.

Y ahora, pregunto a todos mis oyentes: ¿ese hecho aislado, ese incidente que no tenía relaciones con los sucesos anteriores, que no perturbó en lo más mínimo los que hubieron de sucederlo, que no evitó el que la tranquilidad y la cultura política brillaran plenamente en lugares como Arboledas, Armenia y Santa Rosa; ese hecho es suficiente para que una Convención política se declare fuera de la ley; para que se proclame como programa de un partido la violencia subversiva; para que se haga propaganda, de manera más o menos abierta o solapada, a una política de atentado personal que no sería cosa distinta de la política del delito más execrable y de la barbarie más anticristiana?

La afirmación de que ese es un hecho aislado, que debe ser un hecho aislado, provoca los más amargos comentarios y las más indignadas protestas en ciertos sectores. Se pretende vincular a él toda la política nacional; se quiere crucificar al país entero en esa cruz de Gachetá que a todos nos inspira piedad, indignación y pesar; pero que por ello mismo debe ser un grande y doloroso ejemplo, no un instrumento de tortura para el pueblo colombiano. Pero con fiereza casi incomprensible se sostiene que cuanto no sea ese crimen debe ignorarse, olvidarse y desconocerse. Se ha pretendido que para hacer justicia los encargados de la autoridad prescindan de las normas legales y jurídicas. Existiendo Jueces de investigación y procedimientos legales se quiere que yo, desde el puesto que ocupó, dé órdenes de prisión, y me arrogue el derecho de juzgar, y castigar en forma autocrática.

El Gobierno tiene otro criterio. El Gobierno quiere que la justicia siga su curso en la confianza de que, según el proverbio conocido, “puede cojear, pero llegará”. El Gobierno no acepta que se la archive al impulso de la pasión y se la reemplace por la arbitrariedad, que hoy puede estar movida por las manos de la buena intención pero que podría mañana, si se le abriese la puerta, estrangular nuestras libertades y nuestros derechos. El Gobierno piensa que en una situación difícil como la que tenía que existir en este periodo electoral que viene después de cuatro años de

abstención, en la cual crecieron muchas intolerancias y muchos desmedidos apetitos, eran inevitables los desórdenes y era insensato pensar que nada irregular había de presentarse. Y sabía, lo sabía con hondo dolor, pero con serena resolución, que en un país de nueve millones de habitantes, que apenas empieza a entrar por las vías de la cultura cívica y de la verdad política, en un país que presenta como una de sus más bellas características la plena libertad de propaganda de que no todos hacen uso discreto, tenían que presentarse, aquí y allá, incendios pasionales que era preciso apagar cuanto antes. Pueril sería imaginar que estos nueve millones de compatriotas, como al conjuro de una voz mágica, iban a proceder todos con tal cordura y tan ejemplar discreción, que nada incorrecto había de ocurrir. Eso puede ser muy hermoso, pero por desgracia no es humano. Yo he visto ciudades tenidas por dechados de la cultura y del orden, ciudades como Ginebra, poblada por una raza tan apacible como civilizada, conmovida por los más fieros y absurdos desórdenes sangrientos. ¿Cómo podía hacerme la ilusión de que en mi Patria todo pasaría como en una academia de Ciencias Morales?

Lo necesario, lo indispensable, es poner remedio rápido y eficaz a cuánto desorden pueda presentarse; impedir que los pequeños incendios locales se propaguen; restablecer el orden sin demora; procurar que reine la justicia por las vías que le son propias; insistir con indomable resolución en una política de orden, de justicia y de ecuanimidad, y pedir para ella el respaldo de todos los ciudadanos que sientan las necesidades de la Patria. Así, y sólo así, se podrá pasar este trance; sólo así, mirando de frente a las realidades, se podrán ahorrar a la Patria inmensos males. Esa es la única vía que la cordura recomienda, es la única que el Gobierno ha de seguir con imperturbable firmeza, y con abnegada paciencia, pero animado por la certeza del éxito y por la convicción de que en ese camino han de acompañarlo todos los buenos ciudadanos.

Por desgracia no lo cree así una Convención Conservadora de Cundinamarca, y por ello tiene el país como síntesis de la política de esa Convención un par de proposiciones sin precedentes en la historia política de Colombia; que constituirán, si se llevasen a la práctica, la ruptura del orden legal y el entronizamiento de la anarquía.

La primera de esas resoluciones acoge como normas de acción del partido los consejos de un polemista conservador, que entre otras cosas tienen el inconveniente de pugnar con las leyes colombianas. Al paso que la ley no permite a los ciudadanos tener armas sin permiso de la autoridad, les ordena armarse por todos los medios posibles. Les ordena una política de retaliación sistemática, muy adecuada para acabar con toda tranquilidad en Colombia; les insinúa medidas que la

moral prohíbe insinuar; les traza un programa de acción ilegal cuya base misma es la prescindencia de la autoridad. Bello panorama de anarquía para cuantos sueñan con ver convertida a Colombia en campo de matanzas.

Y como si esto fuera poco, se aprueba otra proposición cuyos considerandos tienden a poner al rojo blanco la pasión partidista, y en que de una vez se declara que por determinada Provincia de Cundinamarca no podrán ser elegidos sino miembros de un determinado partido político. Y todo ello se presenta respaldado con juramentos terroríficos en que se ha llegado hasta invocar el nombre de Dios como base para acciones indebidas.

Yo no quiero saber quién tiene la mayoría o la totalidad de los votos en esta o en aquella Provincia; lo que sí sé es que cuando una Convención política declara bajo juramento, con fieras amenazas, que por tal o cual parte no podrán ser elegidos sino miembros de tales o cuales partidos, está suprimiendo allí por la violencia el derecho de sufragio; está impidiendo el libre juego de las instituciones y reemplazándolas por la peor de las coacciones. Algunos llaman eso “política de la acción intrépida”; para el Gobierno eso se llama desconocimiento del orden constitucional.

Yo quiero pedir a todos mis compatriotas, lo pido con ánimo desapasionado y con respetuoso ahínco, que lean estas dos proposiciones de la Convención Conservadora de Cundinamarca y que las comparen con la realidad colombiana existente; que reduzcan a sus proporciones el suceso de Gachetá, infinitamente doloroso y trágico, pero que no puede determinar, si es que no invade a toda la República una racha de locura, una situación de anarquía para todos los Municipios. Que comparen esa exaltación furiosa y el aspecto que ayer mismo presentaba la República. Más de cien manifestaciones políticas se han verificado a raíz de los sucesos de Gachetá sin un desorden, sin un incidente desgraciado. Cuando uno compara esa realidad con el clima que se ha tratado de formar en torno de aquella tragedia, con las proposiciones de la Convención Conservadora y con las normas de acción que ella preconiza, salta a la vista el contraste entre una realidad que es fácilmente encausable hacia situaciones provechosas para el país y una pasión desencadenada que quiere arrasarlo todo.

Se abren dos caminos en estos momentos en la política nacional. El Gobierno, por su parte, no modifica ni altera el que ha venido siguiendo y el que ha de seguir. La política de garantías y de respeto para todos que él preconiza no está sujeta a nada distinto de nuestro propio sentimiento del deber y de nuestra propia comprensión de lo que la Patria necesita y exige. Mañana, como hoy, y como ayer, haremos cuanto esté a

nuestro alcance para que sean efectivos los derechos políticos y civiles de todos los colombianos; para que sus libertades se mantengan intactas; para que la democracia tenga una real existencia en Colombia. En ese camino avanzaremos imperturbablemente, lo mismo bajo el elogio que bajo la diatriba. Pero quiero ser enteramente franco con mis compatriotas, y por eso quiero decirles que la política sintetizada en proposiciones como las aprobadas por la Convención Conservadora de Cundinamarca, no es una política que se compadezca con los dictados del orden. Es una política de violencia que abre oscuras perspectivas; es una política que quiere ignorar la ley y la autoridad y que si se llevara a la práctica produciría la anarquía; es una política que ignora la realidad colombiana y cierra los ojos a una situación halagüeña para todos; es una política que tiene que ser revisada al influjo del patriotismo, de la moral y de la cordura. Así lo pido y así me atrevo a esperarlo.

¡La política de la retaliación! Esa política insensata que he visto preconizada en ciertos telegramas publicados, firmados por nombres de que no quiero acordarme, en que unos dicen “esperamos ansiosos la ley del talión”, y otros se atreven a declarar que “se impone el atentado personal como una norma”.

¿Acaso se cree que puede ser Colombia tierra abandonada por Dios y por los hombres, en que cada uno puede ir, puñal en mano, buscando el objeto para satisfacer una sed de venganza que se disfraza con el nombre de sed de justicia? ¡Cuán contrario es todo ello a la manera de ser colombiana, a la nobleza de nuestras tradiciones y a las enseñanzas de nuestra historia!

Tuve el honor de formar parte de la Convención Liberal de Ibagué. Convención tan calumniada, en que no se aprobó una sola proposición que no fuera un modelo de serenidad; Convención que dejó la suerte del partido y del país en manos de un varón sereno y cuerdo, que no sólo decía, sino que sentía que “la Patria está por encima de los partidos.” Ocupaba mi asiento al lado del General Justo L. Durán, noble amigo mío y caballero sin miedo y sin tacha, y se reunía la Convención estremecida todavía por el horror del asesinato cometido en Salazar de las Palmas, y de que había sido víctima el doctor Juan José Durán. En la primera sesión se consideraba el panorama nacional, y un orador exaltado pedía la guerra, y la pedía sobre todo como manera de vengar la sangre de Juan José. Al oírlo el General lo interrumpió, y sin gestos ni dramatismos, con esa voz apacible de los hombres fuertes, seguros de sí mismos, dijo simplemente, con acento que aún resuena en mis oídos:

“Yo pido que para cualquier cosa que haya de resolverse se prescinda del asesinato de Juan José. Yo no quiero cobrarle la sangre de mi hijo a la Patria.”

Sentimos todos que en ese momento pasaba sobre la Convención un viento de grandeza.

Y ahora, en medio de la estridencia pasional, que sólo sabe de venganza y de cólera, también se levantó una voz pura y serena, precisa y sugestiva, la del Arzobispo Primado de Colombia, para llevar a campos dominados por rudas paciones voces de piedad y de paz. Fue la suya una admonición tan discreta como efectiva que no podrá ser, que no será voz que clame en el desierto. Y se dirigía no sólo a los párrocos sino a todos los colombianos para decirles palabras que en estos momentos tienen una significación tan clara como grande:

“Nuestro carácter de cristianos, dice Monseñor Perdomo, no nos permite conservar odios ni rencores contra nadie. Más bien debemos practicar la enseñanza del Divino Salvador y orar por la salvación de todos.”

Yo apelo con la más cordial efusión a todos los conservadores colombianos para que no se dejen arrastrar por vías de violencia, estériles, insensatas e inicuas; para que recuerden que un partido tan tradicionalmente vinculado al sentimiento religioso no puede incurrir en la anomalía incomprensible de lanzarse por encrucijadas de violencia que son la negación de la ley de Cristo; para que colaboren en una obra de paz y de tranquilidad que todos necesitamos, y que crean, no en mi sinceridad personal, que crean en la sinceridad del Gobierno y de las autoridades resueltas a dar a todos las garantías a que tengan derecho; para que insistan en ser un partido de orden y de civismo, digno de sus grandes tradiciones históricas, y no se resigna a ser tropa de choque cegada por la ira y por el rencor.

No le cobremos a la Patria la sangre de los que puedan caer al impulso de insanas pasiones. No le admitamos a nadie la teoría de que puedan pagar inocentes por culpables; no aceptemos que pueda llegar jamás el día en que, como dijo algún periodista —de quien ojalá se pueda decir para su excusa que no sabe lo que dice—, pueda en Colombia cobrarse “por cada muerto amigo dos muertos adversarios,” y que los asesinatos que en Europa presagiaron y anunciaron la era totalitaria puedan imitarse entre nosotros y anunciar también el fin de nuestras libertades. Nada de eso es colombiano y nada de eso ha de prosperar. No se abrirá entre nosotros la era del atentado personal. Ni ha de abrirse tampoco una era de violencia anárquica en que todos nuestros bienes perezcan. Si algunos lo han temido o esperado, es sin duda porque han olvidado que existe el Gobierno y que el Gobierno tiene una misión que cumplir y tiene medios y capacidades para hacerlo.

Respecto del partido liberal, alguna vez como presidente de su Dirección Suprema decía yo desde mi curul de Senador: “Es preciso que el Gobierno tenga fe

en el partido liberal, como tiene fe el partido liberal en el Gobierno.” Y esa misma frase la repito ahora como jefe del Estado para el partido que por haber creado esta Administración tiene con ella obligaciones especiales. Yo le ofrecí a ese partido ser fiel a sus principios y a sus doctrinas, y no hay quien pueda poner en duda esa fidelidad integral. Yo le anuncié que haría esta política de conciliación y de concordia, y estoy cumpliendo mi palabra, y la estoy cumpliendo con tranquila fe en que nada es más honroso ni nada es más fecundo para el partido que me favoreció con sus votos. Quienes le temen a esta política no le hacen honor a la causa que yo defendiendo hace un cuarto de siglo. Pero yo tengo el derecho de apelar y apelo a cuantos lealmente me han acompañado, no sólo en las tareas del Gobierno sino en largas campañas políticas, a que tengan una plena fe en la autoridad y respalden sus programas y le dejen el cuidado de mantener el orden, porque puede hacerlo; que le faciliten la tarea siendo liberales, es decir, siendo tolerantes y respetuosos del derecho ajeno; que ejerciten sus derechos políticos dentro de una ley con toda intensidad, con todo entusiasmo, pero con la tranquilidad de quien sabe que las instituciones están seguras, defendido el orden público y el Gobierno provisto de medios suficientes para cumplir por sí mismo las tareas que le corresponden.

¿En qué condiciones se promulga esta política de violencia y de la “acción intrépida” que podría enfrentar ferozmente a los colombianos? ¿Es quizá en medio de una de esas situaciones de miseria hosca y sombría y de cruel desesperanza, que ensombrecen todos los horizontes? Todo lo contrario. En el mismo número de El Siglo que publicaba tan encendidos programas de violencia encuentro un artículo del redactor financiero de ese diario, que con el título de “Se cumplen los pronósticos de prosperidad” presenta un panorama colombiano capaz de llenarnos a todos de orgullo y de esperanza. Con cifras y documentos muestra cómo estamos entrando a una era de bienestar económico que abre todas las puertas al optimismo y sintetiza su opinión en este concepto:

“Si se logra conjurar el peligro de una catástrofe europea, la posición económica y comercial de Colombia para el presente año será como nunca se la ha imaginado el hombre de la calle.”

Crea el distinguido economista que hay algo que nos haría más daño que la conflagración europea, y sería la discordia interna. La guerra mundial podría quizá traernos mayores daños materiales, pero la agitación intestina, los choques sangrientos, las pugnas bárbaras nos ocasionarían daños morales mucho mayores. El país entero siente que toca a sus puertas una prosperidad antes no soñada, que puede redimir a innumerables compatriotas y engrandecer a la Nación hasta ponerla a la altura de nuestros mejores sueños. Y

siente también que estamos edificando una democracia honrada y generosa, con la colaboración tan efectiva como leal de las fuerzas obreras y con la aspiración, cada día más intensa, de basarla sobre la equidad, sobre un hondo sentimiento humanitario arraigado en la justicia. Sienten todos también que esa prosperidad puede traer consigo problemas delicados, y que ello aconseja, hoy más que nunca, la consolidación de nuestra estructura interna, la intensificación del sentimiento solidario entre los colombianos, y una labor intensa para curar muchos graves males, para realizar muchas reformas necesarias.

¿Es esta la hora de la violencia? De alguna manera. Es la hora del trabajo, es la hora de la paz y de la seguridad, es la hora en que todos se empeñan por conseguir esos bienes que no serán posibles sino dentro de la ley y bajo la protección de autoridades eficaces y justas. Si hay algo que me alarme en las proposiciones de la Convención Conservadora es precisamente su fondo anárquico, totalmente incomprensible; es que prescinden de cuanto no sea la propia pasión aplicada por las propias manos, sin tener para nada en cuenta lo que dispongan las leyes y lo que corresponda a las autoridades. Yo pido a todos los conservadores que se pregunten cuál sería el resultado de esa política, cuáles serían las consecuencias de una actitud de prescindencia oficial, dentro de la cual se practicarán las normas aconsejadas, y, naturalmente, se registrarán también los actos contrarios que esas normas provocarían.

Pero no hay temor de que ello pueda suceder. A cuantos colombianos me oyen declaro que pueden seguir consagrados a sus trabajos, seguros de que la autoridad los protege y de que el Gobierno puede garantizarles los bienes insustituibles de la paz. Puede haber motivo para contemplar con amargura ciertos desarrollos de la política, pero los intereses vitales de la Nación no están en peligro. Las fuerzas armadas de la República constituyen una perfecta garantía del orden, y quienes las forman tienen demostrada una lealtad sin eclipses que inspira al Gobierno absoluta y fundada confianza. Quienes pretenden arrojar dudas sobre ellos es porque no conocen a los hombres que componen esas fuerzas armadas o porque quieren calumniarlos. Pero el Gobierno los conoce y por eso tiene fe en ellos y sabe que dispone de la fuerza necesaria para restablecer el orden en dondequiera que él pudiera ser turbado; para mantener la paz y para trabajar infatigablemente por la justicia. Esas fuerzas no son sólo materiales; es también la inmensa fuerza moral de la opinión pública, de la inmensa mayoría colombiana, que tiene en el Gobierno una fe tan grande y tan justa, como la fe que tiene el Gobierno en el pueblo colombiano.

Los programas de anarquía no encontrarán jamás abierto en Colombia el camino para su desarrollo.

Cuantos tengan vinculado su porvenir y su entusiasmo al trabajo y a la paz, pueden estar seguros, pueden trabajar y vivir tranquilos porque “hay luz en la poterna y guardián en la heredad.”

Buscando la manera de hacer llegar hasta mis compatriotas el reflejo exacto y fiel de mis sentimientos, la frase capaz de inclinarse a una política de cordialidad, y de alejarlos de cuanto signifique violencia; la palabra que condene las posibilidades de discordia en forma impresionante capaz de perdurar, recordé una página admirable, leída hace muchos años y nunca olvidada. La busqué y la encontré tan acorde con mis sentimientos actuales, que voy a permitirme leérsela y someterla a vuestro criterio. Comentaba su autor, hace unos veinticinco años, ciertas conspiraciones conservadoras que a pesar de su poca importancia traían inquietas a las gentes, y decía:

“El último tema de actualidad en diarios y corrillos, en el paseo, en la mesa, en el templo mismo, es la guerra, la matanza eventual, la degollina, el hambre, el deshonor y la disolución de la Patria. Con una insistencia monstruosa, propia de quien cultiva la interna llaga, buscando el alivio fugaz que traerá la polarización del dolor excesivo, hemos dado en complacernos con el siniestro fantasma. Como Macbeth, creemos mirar sobre nuestras manos la pequeña mancha irremediable, que no borrarán todas las aguas de los mares, y casi, casi vamos convenciendonos, pobres almas tartarinescas y meridionales, de que nuestro destino manifiesto es vivir y morar sobre los campos de batalla, sin que valgan contra él todos nuestros propósitos de enmienda y toda nuestra voluntad de crearnos una patria y preparar mejores días para nuestros hijos. Contra esta obsesión, enfermiza y lamentable, vamos a emprender una campaña con todos nuestros alientos, rogando a todos los hombres de buena voluntad, vengan de donde vinieren, nos acompañen en la obra patriótica de hacer triunfar la conciencia ciudadana sobre el instinto gregario.

“Los que explotan simoníacamente la fe sencilla de los pueblos en pro de sus ambiciones banderizas. Los que sueltan la palabreja incendiaria como recurso retórico, ignorando o fingiendo ignorar que en ocasiones una sola palabra supera en potencia explosiva a una fórmula química. Los que calumnian a los cuatro vientos a su adversario, sembrando en los pueblos ignorantes la cólera o el espanto. Todos ellos son reos de lesa paz.

“Nosotros nos atrevemos a Invitar a todos los que en Colombia cultivan una idea o manejan una pluma, a que se evite la menor palabra que pueda servir para afilar un acero. Discútanse en buena hora los asuntos públicos; pásese a la acrimonia; lléguese a la rabia desesperada; no será santo y bueno, aunque es huma-

no. Luchemos sin descanso en favor de nuestras ideas, buenas o malas; emprendamos colericamente, si se quiere, la cruzada de la honradez política contra el fraude eleccionario y la mentira del sufragio; no nos demos un momento de descanso en la titánica labor, pero dejemos a salvo el sillar incommovible de la paz, con la esperanza de fundar sobre ella algo digno de nosotros.

“La paz viva; ¡Sea ella perdurable sobre la tierra de Colombia!”

Así se expresaba en 1913 el doctor Aquilino Villagas. Él puede haber cambiado. Yo no. Esos son los ideales que me animan, los que presentó al pueblo colombiano como la mejor bandera de acción y de pensamiento. Que sea perdurable sobre la tierra de Colombia la paz libre, la paz justa, la paz fecunda. Así será, y para mantenerla y acrecentarla, el Gobierno pide y espera el concurso de todos los que sientan lo que la Patria necesita y merece.

Señoras y señores, buenas noches.

Eduardo Santos Montejo

